nificativo que, el mismo perseguidor de la Iglesia y gran hombre de Estado Bismark, á quien no puede negarse un gran talento y competencia sin igual en materias económicas y políticas, después de haber refrendado la expresada carta, delante del conflicto pendiente, como espantado, se retira á la vida privada, confesando con este acto, quien hasta ahora era árbitro del mundo, su insuficiencia para resolver este conflicto, después de haberse de humillar de buen grado ó por fuerza á los piés del Vicario de Jesucristo.

Creemos que este ejemplo es contundente; léase y estudiáse la carta referida; considérase la contestación de Su Santidad León XIII de fecha 14 del mismo mes y año y quedará probado que esta cuestión se ha de resolver desde el punto de vista religioso, debiendo todos los Estados á imitación de Alemania pedir el apoyo de la Iglesia en vez de prescindir de ella, mayormente al tratarse de naciones que se titulan católicas, cuando de esa manera lo hace (sea por los fines que quiera), la protestante Alemania, la cual á pesar de eso conoce que le es indispensable para su bienestar temporal. Y así deben hacerlo todos los Estados si quieren evitar su próxima ruina; que enfrenen las costumbres de sus subordinados predicando con el ejemplo según las enseñanzas de la Iglesia y del Papa por medio de gobiernos paternales, con católicas leyes y equitativa administración. En una palabra: más protección y menos tiranía, menos armas y más evangelio; y arrancando desde aquí como verdadera base las ecuaciones de este problema; puesta la paz de Cristo en la Sociedad según las Encíclicas de Su Santidad León XIII recomendando la devoción al Santo Rosario (7 de Setiembre de 1892, en varias otras fechas, y por último en 8 de este mismo mes y año), *Sobre el Gobierno de los pueblos, La libertad humana, La constitución cristiana de los Estados* y por último **SOBRE EL ESTADO ACTUAL DE LOS OBREROS**; subordinando cada cual el concurso de su saber en materias políticas, económicas y sociales al oráculo de la Iglesia que es verdad eterna; aplicando por una parte, según las circunstancias de lugar, tiempo, sexo, edad, condición y clase de trabajo la tarifa correspondiente y por otra recibiendo los amos y trabajadores el fallo Pontificio con manso corazón; dispuestos así por el espíritu del evangelio, depuesto todo odio y pasión para hacerse bien el uno al otro según los preceptos del Decálogo; ved ahí en tesis general el modo de armonizar el capital y el trabajo, para que la Caridad, Reina y señora de todas las virtudes vuelva á imperar dentro la familia y sociedad.

Ya se yo que esto tan fácil como hermoso, por desgracia se hace difícil y hasta imposible, porque los gobiernos, verdadero motor del reloj de la sociedad sobre donde giran y de donde deben arrancar todos los movimientos para dar con su llave el curso apetecido á la cuerda, para marchar desde la primera á la última rueda con la necesaria regularidad, se niegan á señalar las horas cristianas de la equidad y de la justicia en el mundo; pero también es cierto que si nosotros por esta dificultad capital no podemos resolver el problema en absoluto, no es menos cierto que en medio de estas dificultades, la Iglesia nos propone medios para sortear lo más conveniente, buscando remedios para aminorar el mal, como por ejemplo, con Monte-píos, Cajas de ahorros, Sociedades de auxilio entre amos y obreros, Centros católicos y Jurados mixtos bajo la presidencia de la Iglesia, para arreglar amistosamente toda diferencia; para aplicar á cualquier mal el respectivo remedio con independencia de la remora del Estado.

Por esto nuestro apóstol de la clase obrera, el Excmo. Sr. D. José Morgades y Gili, en su exhortación Pastoral de 16 de Junio de 1890 dice: "Eso debe ser obra de la Iglesia y del Estado, más desgraciadamente este no se contenta con no cumplir sus más estrictos deberes en este punto, sino que pone trabas y cortapisas á la Iglesia, para impedir que cumple con los suyos: hasta el día que haya en entrambas potestades una verdadera inteligencia, y se presten mútuo y cordial apoyo, no puede esperarse una verdadera y sólida solución del problema social pendiente, y con ella, la verdadera paz y tranquilidad."

Más ya que por lo dicho no está á nuestras manos la solución en absoluto, en particular mucho se pueden remediar las proporciones del conflicto, si amos y trabajadores puestos sobre sí, por caridad y hasta por utilidad mútua, el amo haciendo el buen trabajador y el buen trabajador el buen amo, bajo el criterio de los Obispos de las respectivas Diócesis estudiásen los medios más oportunos para cada localidad, sin olvidar por eso los principios generales del capital y del trabajo, sus definiciones, divisiones y consideraciones sociales, económicas y morales de los sabios tratadistas en la materia.

"Abundando en estos sentimientos y partiendo del principio exacto de que el industrial asocia á su capital su propio trabajo, y que por lo mismo puede obtener en el rendimiento un triple resultado: 1.º Lo que corresponde al capital; 2.º Lo que corresponde al trabajo; 3.º Lo que corresponde á la empresa industrial: El capitalista puede perder su capital en la empresa; el empresario puede ver defraudados sus planes y trabajo; pero el obrero es quien cobra de presente." De modo que, según el sabio Obispo Dr. D. José Morgades, bajo este punto de vista, la situación del obrero es ventajosa. "No nos hostilizemos, pues, entendámonos y contribuyamos todos á la paz universal."

Y añade el Prelado: "Dando un paso más, podrá entrarse en detalles, que las circunstancias de localidad presentarán como más oportunas. Respeto la jornada de 8 horas de trabajo, punto hoy de debate, dice el célebre economista Mollinari: que el Parlamento que decrete, que un jornalero ha de ganar lo mismo trabajando 8 horas que cuando trabajaba 12, deberá probar antes, que en 8 horas produce lo mismo que en 12."

Opinamos también que sin exageración en sentido socialista ni individualista, Eduardo Sanz y Escartin en su tratado de la cuestión económica pone las cosas en su lugar cuando dice: El proyecto de un convenio internacional para fijar las horas de trabajo ofrece grandes dificultades. El clima, la alimentación, las condiciones del trabajo, la diferencia, capacidad natural ó adquirida de los pueblos, son factores que sería necesario tener en cuenta de un modo distinto en cada nación.

Ciertos países, colocados en condiciones desfavorables, podrían ver destruidas sus industrias si se les obligara á limitar su trabajo á la duración del que ejecuta el obrero inglés ó anglo americano.

Cada Estado, dice C. Jaunet debe permanecer libre en esta lucha industrial."

Ojalá que nosotros tuviéramos los gobiernos bien proteccionistas y sobre todo empapados con la justicia del evangelio, pues, entonces ya tendríamos resuelta la cuestión. El Estado podría ser en este caso el Juez para indicar los sacrificios que sería lícito, por imponer las condiciones á todos más justas y equitativas, á sus individuos respectivos, según las circunstancias de localidad para mantener su bien estar y fuerza.

Pero desde este punto de vista á ser sumisos los Estados á las soberanas enseñanzas del Papa, el problema ya estaría resuelto, no obstante mientras esto no sea, tocará á la iniciativa particular trabajar en cada pueblo, así dispuestos los ánimos, tanto del rico como del pobre, del fabricante, como del industrial y del obrero, preparados por la caridad, para la buena armonía y mejor inteligencia, en interés de todos según los derechos y deberes respectivos; el amo no explotando al trabajador, ni éste imponiéndose á aquél con sediciones ni huelgas, no fuera que el capital justamente espantado se retire en manos de empresas extranjeras como acontece algunas veces.

Por eso uno de los más decididos partidarios del proletariado, nos referimos al sabio Obispo de Angers Mons Freppel, comprendiendo que si los intereses de los obreros son dignos de la mayor simpatía, se levantan también otros, que son los de los patronos también imposible de desatender; y reconociendo la gravedad de los sucesos que se han desarrollado, previendo los peligros que amenazan á todas las clases de la sociedad dijo en las cámaras francesas: "Hasta me atrevo á decir que el más amenazado de los dos, por las vicisitudes de los acontecimientos, es aquel que tiene comprometidos todos sus haberes, la herencia de sus padres, y los recursos de la familia."

Si sobreviniese una ruina con motivo de la competencia extranjera ó por cualquier otro motivo ¿quien es el que sufre más, quien es el más profundamente atacado? El obrero podrá hallar trabajo en el establecimiento rival, pero el patrono, este está irremisiblemente perdido, y su infortunio del siguiente día no tiene comparación con su prosperidad de la vigilia. Es preciso, pues, no sacrificar la justicia y la verdad á puras utopías, al deseo de una vana popularidad."

Pero si conviene trabajar sin descanso, dice el Obispo de Vich: "para desvanecer el gran peligro que amenaza á la sociedad, buscando y estableciendo la armonía entre el capital y el trabajo en orden al salario que ha de abonarse, urge más aún trabajar para establecer la más completa moralidad en los centros de trabajo, en beneficio de los amos y de los obreros."

Nunca tendrán unos y otros más garantidos sus intereses que cuando sean ellos buenos cristianos, se procure sea observada en sus establecimientos la más acrisolada moralidad; pues si es doloroso y sensible que de desatendido el capital, ó sean explotados los cuerpos, mucho más lo es, y de consecuencias infinitamente más funestas la perdición y ruina de las almas. Al efecto, los amos deben vigilar constantemente y con la mayor diligencia, y procurar por todos los medios posibles, la más severa observancia de la ley cristiana en sus talleres, impedir la blasfemia, la profanación del día de la fiesta, establecer la debida separación de hombres y mujeres.

Pues, ciertamente no tendría derecho de quejarse, el amo, al ver sus intereses mal atendidos, si por su parte no hiciera que fuesen atendidos los de Dios y los de las almas de los que acuden con él en demanda de trabajo; y también los de los cuerpos, por medio de provisiones higiénicas que lo hagan soportable sin perjuicio de la salud; y es bien probado y cae por su peso propio y sin dificultad podrían citarse ejemplos de contrarios sentidos, porque está en la boca de todo el mundo, que los buenos amos, en general, tienen buenos trabajadores, y los buenos trabajadores tienen buenos amos. Y entre ellos habría buena inteligencia, y cesarían las huelgas, que en tales centros no tienen más razón de ser que una fraternidad mal entendida ó bien la coacción exterior.

El día que de buena fé y con devoción se rezara en tales centros el *Padre nuestro*, al empezar y acabar los trabajos, todo el mundo estaría contento, reconociendo que todos tenemos un Padre común de quien es todo lo que tenemos y todo lo que esperamos, y que nos lo dará, si lo pidamos bien, y tendremos el *pan nuestro de cada día*, sin codiciar el de los otros ni desesperar del porvenir; pues El providenciará oportunamente, y dará entrañas de caridad al rico, espíritu de paciencia al pobre, y, en compensación de esta subyección á su voluntad soberana, derramará sus bendiciones celestiales sobre los productos del capital, de la industria y del trabajo.

Abandona, dice el Profeta en el seno de Dios tus ansiedades y *El te sustentará*; no dejará el justo en agitación perpetua.

Comprendemos dentro de estos actos de moralidad el trabajo de las mujeres y de los niños en ciertas condiciones y edades, lo cual destruye por completo la vida de familia y mata en flor la esperanza de la generación que sube, á la cual se cria raquítica de cuerpo y de alma y sin ninguna instrucción ni educación.

El mismo afecto y amor que tenemos al obrero, es lo que nos llena de indignación, al contemplar como después de haberse tratado, y desgraciadamente conseguido en gran parte, robarle la vida del alma, que se trate ahora de robarle la del cuerpo con promesas absurdas y descabelladas. Las venganzas personales, las huelgas, sin razón ni motivo, la dinamita, en fin, expresión de los medios reprobados que se ponen en mano del obrero, á demás de ser intrínsecamente malos no ponen remedio á ningún mal, antes al contrario espantan al capital, retrayendo el hombre de genio, cierran nuestros mercados, obstruyen los adelantos de la industria, con los cuales podríamos hacer un día la competencia al extranjero, siembran el mal estar y alarma, y contribuyen poderosamente á que espantados ó escarmentados los intereses que se hubieran destinado á la industria del país se apliquen á fuera; mientras contemplamos impávidos como nuestras más lucrativas empresas pasan á manos extranjeras, que pueden un día enredarnos en una red inmensa de desgracia para la patria.

¿Será que nos acercamos á los tiempos anunciados por grandes pensa-